



DISCURSO de la MINISTRA de CULTURA,
Excma. Sra. Dña. CARMEN CALVO POYATO

EN LA ENTREGA DEL PREMIO CERVANTES DE LITERATURA 2006
A D. ANTONIO GAMONEDA

Alcalá de Henares, 23 de abril de 2007

Majestades, Presidente, Autoridades.

Señoras y Señores.

Un año más nos reunimos, convocados por la evocación de don Miguel de Cervantes Saavedra, para rendir homenaje a un escritor de nuestra lengua. Como cada 23 de abril, esta fiesta de las letras es una ocasión privilegiada para reconocer y celebrar una voz que enriquece nuestro idioma y que alimenta nuestra sed de belleza y de verdad, nuestra necesidad de conocer y entender el mundo que nos rodea y la humana aspiración a descifrnarnos un poco más a nosotros mismos y a los otros.

Cervantes nos enseña como nadie la capacidad de la literatura para hacernos mejores, para deleitarnos y construirnos. Todos recordamos grandes libros de los que hemos salido transformados, que no se limitan a ofrecernos una mirada aséptica sobre la historia o la realidad, sino que nos interpelan y nos conmueven en lo más hondo de nuestro ser. En esa tradición se inscriben las obras de autores como Jorge Manrique, San Juan de la Cruz, Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Luis de León, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado... y tantos otros.



Los libros de Antonio Gamoneda pertenecen a esa clase de obras. A él podemos situarlo en esa estirpe de grandes escritores cuya palabra nos convoca y nos conmueve. Desde su absoluta modernidad renueva la tradición. Borges escribía: *“Sólo puedo ofrecerles perplejidades clásicas”*; y eso mismo nos ofrece Gamoneda, perplejidades pronunciadas en la articulación entre lo sencillo y lo sublime, entre el fervor y la necesidad, entre la devoción y la denuncia, entre el placer y el sufrimiento.

Su voz convoca a todos los lectores porque trabaja con el idioma universal de la poesía. Escuchar al poeta recitando sus versos, incluso para un oyente que no conozca nuestro idioma, es una experiencia única en la que se siente un sonido que gime y canta, una música que arrastra significado en su propia entonación. Porque para él *“la música es el estado original del pensamiento poético”*, sus poemas crean *“el cuerpo musical de las palabras”*. Bastan unos pocos versos suyos para comprobarlo:

*“Ahora un rostro sonrío y su sonrisa se deposita sobre mis labios,
y la advertencia de su música explica todas las pérdidas y me
acompaña.*

*Habla de mí como una vibración de pájaros que hubiesen desaparecido
y retornasen;*

*habla de mí con labios que todavía responden a la dulzura de
unos párpados”*

Música en el paladar, percusión de los versos, latidos de una palabra, la de Antonio Gamoneda, que no esconde el sufrimiento pero que sabe, como Aristóteles - al que llamará “amado y extraño contemporáneo” -, que *“la poesía fundamentada en el sufrimiento genera también placer”*, y que *“el placer es la causa y la finalidad de la poesía”*.



Sus versos están atravesados por una vibración que nos concierne a todos. Han sido modelados con la totalidad de los sentidos porque, según sus propias palabras, “*las significaciones se sienten; la sintaxis poética es una sintaxis para la sensibilidad*”. En toda su escritura los sentidos se reproducen constantemente en significados múltiples y operan como mediadores entre el mundo físico y el espiritual.

No es preciso hacer un recorrido exhaustivo por sus obras, porque todos sus libros son un sólo libro, de una coherencia argumental y moral que convierte su discurso poético en uno de los más unitarios y personales que se hayan escrito en nuestro idioma. En sus obras *Sublevación inmóvil*, *Blues castellano*, *El libro del frío*, *Lápidas*, *Descripción de mentira*, *Arden las pérdidas*, *Cecilia..* hay, por supuesto, evoluciones e inflexiones internas, pero permanece en todos ellos una médula que estructura el cuerpo poemático completo y alienta un conjunto vital, un alma común, en la que se percibe que esos versos han sido respirados por los mismos labios.

Algo diré, sin embargo, de sus libros. De entre los primeros, *Sublevación inmóvil* muestra su resistencia frente al dolor. *Blues castellano*, escrito a comienzos de los años sesenta, entona la música de la solidaridad, el desgarramiento de “la desgracia de los otros” y, al mismo tiempo, es el canto de la fraternidad frente al infortunio.

Tras ese libro quedará resonando un largo silencio de más de una década, hasta llegar a *Descripción de la mentira*, un texto poético unitario, magistral, sobrecogedor, que nace en un momento crucial de nuestra historia, en un año, 1975, que él califica “de confusión y lucidez” y en el que la voz se levanta del silencio para certificar los residuos, la memoria rota, para hacer



inventario del “relato incomprensible” de los escombros y mirar hacia el pasado para officiar el duelo necesario.

En la misma línea, su obra *Lápidas*, cincela, como si trabajara sobre piedra, detiene instantes de esa memoria fragmentada, remontándose en ocasiones a las atmósferas de los espacios ancestrales. En *Libro del frío*, unos años después, persiste ese vaivén de la memoria que configura la “identidad” y que sostiene la tensión de las pasiones, la paradoja de existir después de todo.

Los recuerdos y las sombras empiezan a reunirse con el olvido en la serenidad de *Arden las pérdidas*, donde escribe: “*Siento el crepúsculo en mis manos. Llega a través del laurel enfermo. Yo no quiero pensar, ni ser amado, ni ser feliz, ni recordar./ Sólo quiero sentir esta luz en mis manos*”.

La presencia de la luz se hará tangible, se materializará como pensamiento, como gesto de amor, de memoria y de felicidad, en su más reciente libro, *Cecilia*, una puerta hacia el futuro, una oportunidad a la esperanza. *Cecilia* comparte con sus otros libros su singular estilo, pero da un salto respecto a su contenido: supone la contemplación de la ternura. Y aquí la identidad se construye como eternidad, como prolongación en otras manos: “*Acerqué mis labios a tus manos y tu piel tenía la suavidad de los sueños. / Algo semejante a la eternidad rozó un instante mis labios*”.

Se concentra en esta obra, de manera especial, un rasgo esencial en toda la escritura de Antonio Gamoneda: la poesía como consolación y antídoto, la palabra poética como curación para las enfermedades del alma.

En su *Libro de los venenos* recupera la fuerza y el sentido poético de las palabras de la ciencia médica arcaica, que ya no tienen un uso científico pero



que proporcionan una suerte de “felicidad verbal”. Nos sugiere la capacidad terapéutica de la poesía, su poder de curación en la catarsis.

Antonio Gamoneda aprendió a leer en un libro de poemas. Ese libro se titula *Otra más alta vida* y lo había escrito alguien que también se llamaba Antonio Gamoneda y que no era otro que su padre. Había fallecido cuando él apenas tenía un año. Le dejó una incurable orfandad, pero también lo arropó con el mejor legado de futuro; le dio el poder de las palabras.

Gamoneda comparte con Cervantes una biografía llena de dificultades, marcada por el sufrimiento, pero señalada también por esa esperanza y esa capacidad de sobreponerse a las circunstancias adversas y de sublimarlas por medio de la escritura. Porque los poemas de Antonio Gamoneda, como los libros de Cervantes, están habitados por personas humildes, por gentes sencillas que vibran en sus desvelos, en sus desgracias y en sus dichas y que nos enseñan lecciones de vida.

No hay que olvidar tampoco que, durante muchos años, Antonio Gamoneda ha trabajado por la defensa de la cultura, primero en los servicios culturales de la Diputación Provincial de León, donde creó una colección de poesía e impulsó una sala de exposiciones, entre otras muchas tareas. Después, y durante más de dos décadas, en una fundación creada en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y orientada principalmente en sus inicios a la educación de campesinos y obreros; la Fundación Sierra-Plambey.

Estas experiencias manifiestan el compromiso real de un autodidacta, pero es en su poesía donde se refleja su biografía fragmentada, donde se manifiesta ese niño que ve pasar la historia terrible de la guerra civil ante su



balcón, apoyado en los barrotes que dejan el frío grabado en su rostro y que dejan, sobre todo, frío en su corazón.

La historia cruza por su poesía como un testimonio necesario contra el olvido, pero sin menoscabar nunca el sentido poético de su palabra, el verso que se hace escalofrío y nos recorre y estremece. Frente a la banalización, Gamoneda impone la palabra exigente, la belleza que en su máxima expresión del sufrimiento humano nos ofrece también, como hemos advertido antes, el mayor consuelo. Un consuelo y una piedad que trascienden el localismo de la historia para hacerse universales. Nos habla de una guerra que podría ser todas las guerras; traza un desasosiego que es el de todos los hombres; nos ofrece el bálsamo que sirve para todos los corazones por igual.

Existencialista de rasgos muy marcados, en pocos autores de nuestro idioma se confirma como en él que el existencialismo es un humanismo porque, como en Sartre, en su subjetividad “compromete a toda la humanidad”.

Leer a Antonio Gamoneda es una experiencia que no se parece a la que proporciona leer a ningún otro autor, porque es un poeta grande y auténtico que “inaugura lenguaje” y abre nuevas posibilidades al idioma. De alguna forma está ensanchando nuestro mundo y nos lleva a espacios, atmósferas y realidades en los que nunca estuvimos antes.

Se trata de una poesía de paradojas, porque siendo innovadora en su forma, abriendo esas nuevas posibilidades tanto al lenguaje como a la realidad, sentimos al mismo tiempo que está hablando de algo profundamente nuestro, que nos implica a todos, que comunica directamente con las fibras más sensibles de nuestro corazón y deja allí un estremecimiento que sigue resonando mucho después de haber cerrado el libro. En su poesía



vislumbramos enseguida la dignidad frente a la pobreza, la ternura frente a la barbarie, la tolerancia frente a la intransigencia, la serenidad frente a la adversidad.

Antonio Gamoneda es un poeta exigente con su poesía, pero también con la de su entorno, como lo fue Cervantes con sus contemporáneos y lo puso de manifiesto en su *Viaje del Parnaso*. En Gamoneda quizá tenga eso algo que ver con su silencio de muchos años.

Se ha dicho de él que es un “poeta-isla”, porque se resiste a ser encasillado o porque voluntaria o involuntariamente no estaba contemplado en ningún casillero. Alejado de los grupos literarios, apartado del vaivén de las modas estéticas, siempre se mantuvo consciente de que “la poesía es una aventura subjetiva”, que sólo “se hace real en la soledad” aunque “se proyecte en un marco histórico y colectivo”.

Es en esa radical individualidad, en ese alejamiento, donde arraigan sus poemas. Y es desde esa individualidad desde donde dialoga con otras individualidades poéticas. En esa soledad es donde entra en comunión profunda con sus lectores, como si nos estuviera hablando de uno en uno, en la intimidad del susurro, en la soledad de cada uno de nosotros, a sabiendas de que en cada ser humano habita toda la humanidad.

Soledades tituló su primer libro otro gran poeta de nuestro idioma, don Antonio Machado, del que este año conmemoramos el centenario de su llegada a Soria. De él dijo en cierta ocasión Antonio Gamoneda: *“De Antonio Machado valoro la simetría comprobable entre su personalidad -su conciencia, su carácter, su conducta- y su poesía. Persona y poesía comparten adjetivos: bondadosa, ensimismada, solitaria, solidaria. Su calidad consiste en ser*



emocionante e inteligente... Si sumo obra y figura humana y cierro los ojos, yo amo a Antonio Machado más que a ningún otro escritor de mi lengua”.

Esos mismos adjetivos con los que Gamoneda califica a Machado podríamos muy bien aplicárselos a él mismo. Bondad, ensimismamiento, soledad, solidaridad, emoción e inteligencia, casan perfectamente con el poeta al que hoy nos sentimos orgullosos de rendir homenaje.

Antonio Gamoneda ha afirmado que “Leer es vivir dos veces”: esta frase suya la hemos adoptado como lema significativo que preside este año la celebración del Día del Libro. La lectura nos abre las ventanas a una vida nueva, engrandeciéndonos y haciéndonos mejores. Desde el gobierno hemos asumido el firme compromiso de hacer que el libro, que es su principal instrumento, llegue en mayor cantidad y variedad a las bibliotecas de nuestro país, llenándolas de vida y haciendo de ellas ese punto de encuentro donde la sociedad se sienta enriquecida.

Hoy nos hemos reunido aquí para celebrar este Premio Cervantes 2006, concedido a una voz que nos consuela y nos conmueve. Pero además, Antonio Gamoneda pertenece a la raza de los escritores que conforman nuestro patrimonio, que enriquecen y ensanchan el idioma castellano. Cuando escribe versos como:

“Pregones atravesando esteras, transparentes en mis oídos: el pan, tras un precipicio de aldabas y silbidos: la miel, acarreada en cántaros, oro en la oscuridad; peces fríos entre helechos...”



amplía y ahonda ese otro territorio, que no es físico y no se mide sólo en frases y palabras. Me refiero al territorio de nuestro imaginario, el lugar de nuestras preocupaciones existenciales, ese que abarca la subjetividad de cada uno, la intimidad universal, las “razones del espíritu”.

No sólo nos redime de la realidad, sino que nos inventa nuevas realidades en las que cobijarnos. Su poesía es visionaria sin dejar de ser comprometida.

Durante los últimos años ha sido también uno de los mejores embajadores de nuestro idioma y de nuestra poesía, reclamado por unos y otros, recitando sus versos al lado de otros grandes poetas contemporáneos en todos los idiomas. Hoy en día, Gamoneda representa una de las mejores y más nobles imágenes de la cultura en lengua española. En este tiempo en que somos más conscientes que nunca del valor de la lengua como dinamizador social y cultural, no debemos olvidar que la poesía es el motor del lenguaje, el espacio donde se ensancha la creatividad y se enriquece el patrimonio lingüístico.

La poesía es el territorio creativo donde se preserva el corazón de nuestro idioma. Por ello hemos de protegerla con la conciencia de saber que sigue siendo el manantial necesario del idioma.

La poesía de Antonio Gamoneda contribuye especialmente a preservar y ensanchar ese patrimonio. Más allá del lenguaje utilitario, con el que nos comunicamos en nuestra vida, frente al desgaste cotidiano, la poesía protege las zonas más vulnerables del idioma. Protege las palabras.



Quiero decir, para terminar, que la suya es una palabra de paz, una llamada constante a la defensa de los valores que nos hacen más íntegros y más libres. Como esa bondad y esa solidaridad, que él encontraba en la voz de Antonio Machado y que también se desprenden de su poesía y de su persona. Por ello, es un ejemplo vivo para las futuras generaciones de escritores, un modelo que representa la dignidad de la poesía frente a las injusticias de la historia y del destino.

Jorge Guillén, poeta, el primer escritor distinguido en 1976 con este Premio Cervantes de Literatura, terminaba su breve discurso de recepción destacando la importancia de este galardón como un acto de concordia en plena Transición política en España. Finalizaba con aquella frase reveladora: *“La poesía es ahora un símbolo de esperanza”*. Treinta años después, la poesía quiere seguir siendo un símbolo de esperanza. Y la esperanza necesita más que nunca a la poesía.

Entregamos este Premio Cervantes a Antonio Gamoneda, agradeciéndole que nos haya brindado la posibilidad de renovar esa esperanza, regalándonos el placer de su poesía y el cobijo de su palabra en la intemperie.

Enhorabuena de corazón y muchas gracias.